

Fabrice Hadjadj

LOBOS DISFRAZADOS DE CORDEROS

**PENSAR SOBRE
LOS ABUSOS
EN LA IGLESIA**



Lobos disfrazados de corderos



100XUNO

Fabrice Hadjadj

Lobos disfrazados de corderos

Pensar sobre los abusos en la Iglesia

Traducción de Fernando Montesinos Pons



Título en idioma original: *Des loups déguisés en agneaux.*
Penser les abus dans l'Église

© Les Éditions Du Cerf, 2024
© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2024
Traducción de Fernando Montesinos Pons
Revisión de Ignacio Golmayo

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 135

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
ISBN: 978-84-1339-871-6
Depósito Legal: M-17459-2024
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
Por cauces tortuosos y oxidados.....	8
Lo hagiográfico y lo periodístico.....	13
De las «revelaciones» a la revelación.....	15
El lobo y el cordero según la fuente de los Evangelios.....	20
PERO NUESTROS PADRES SE ENTREGARON A LA SOBERBIA...29	
Un principio visto por Jean de Menasce:	
El aplastamiento de lo místico sobre lo afectivo.....	36
Espíritu de infancia y dispositivo tecno-compasional.....	48
«Querido pequeño, eres el pequeñín amado de María — que crece en la pequeñez».....	53
Les abrió el espíritu para comprender las escrituras.....	64
PEQUEÑA CRÍTICA DE LA RAZÓN COMPASIVA.....	85
De una vieja palabra en el sufrimiento.....	85
Más final y más fundamental.....	87
Cuando el otro miembro ocupa un lugar de honor.....	89
Placer astuto.....	93
El corazón y la tripa.....	95

El síndrome de Tánatos.....	101
Compasión y compulsión tecnológica.....	105
Estar con el otro: el corte de la alianza	111
De una compasión sin sufrimiento	116
De un sufrimiento que no requiere ninguna compasión.....	122
De esos tormentos ridículos a los que ninguna compasión puede llegar naturalmente	129
Inversión de la herida	134
De lobos disfrazados de pastores y de los que verdaderamente se han convertido en ovejas	138
Las entrañas del padre.....	143

PRÓLOGO

DEL BUEN USO DE LOS «ABUSOS»

No ve usted en todo esto más que la demencia humana, y yo, por mi parte, veo en ello la sabiduría divina, que ha conservado esta religión a pesar de nuestros abusos.

Voltaire, *Questions sur les miracles*

He aquí dos textos de circunstancias. De no haber sido por la presión de los acontecimientos y del entorno, nunca los habría escrito. Sin embargo, no debe inferirse de ello que estaba tranquilamente sentado en mi casa cuando llamaron con insistencia a mi puerta unas personas convencidas de mi excelencia y que, tras haberlas rechazado varias veces sin poder evitar que volvieran a la carga, a fin de recuperar mi tranquilidad y no para ostentar mi sabiduría, cedí finalmente a sus instancias —yo que, de otro modo, en mi admirable modestia, nunca habría abordado estas cuestiones dramáticas, que están por encima de mis fuerzas, que ponen en tela de juicio la reputación de personajes de talla elevada mucho mejores que yo, etc.—.

No necesito que me claven una espada en los riñones para que mi pluma arroje tinta suficiente para cubrir el mundo. Podría relatar cómo, en respuesta a un manuscrito mío, Jean-Luc Marion, de la Académie Française, me escribió: «Es la primera vez que leo un análisis a nivel espiritual de este desastre. Publíquelo». No está usted en condiciones de verificar la autenticidad del elogio. Podría haberme inventado otro precedente de la Santa Sede. El caso es que, Jean-Luc

o Francisco, maestro o papa, yo hervía de impaciencia, mi apetito de escribir se precipitaba ya en el box.

Si tiene algún interés detenerse un momento en esta posible aprobación de un «inmortal» — «un análisis a nivel espiritual de este desastre» — es sobre todo para subrayar su carácter paradójico, cuando no irónico. Me aplanas tanto como me eleva, contrapesa la caricia con la bofetada, diligentemente, para que ningún halago pueda perpetrar sus estragos de orgullo en mi alma vanidosa. Equivale a decir: «Querido amigo, está a la altura de la caída». Y, de hecho, soy muy consciente de mi propio desastre.

Algunos engañan a su esposa con una amante; yo he engañado muchas veces a la mía con la literatura, y puesto que, según Gregorio Magno, los pecados espirituales son más graves que los carnales, puedo parecer menos vil, pero no soy menos vicioso. No hay la menor duda al respecto. Por mí mismo merezco el infierno, con torturas tan refinadas como mis propias faltas. Si gano el paraíso, solo puede ser por gracia — dicho de otro modo, mediante una operación de rescate que habría desanimado a los equipos de intervención humanitaria más motivados—. No por haberlas invocado en la apertura, las circunstancias que invoco dejan de ser para nada atenuantes.

POR CAUCES TORTUOSOS Y OXIDADOS

Esta pequeña confesión no tiene otro objeto que recordar al lector demasiado conciliador el pobre tipo que soy. Mi riqueza — intelectual o literaria — es totalmente relativa: se debe a que soy capaz de expresar mi miseria un poco mejor que algunos otros. Esta mejor enunciación no debe hacernos ilusiones sobre la cosa misma. Cuando dé la impresión de que juzgo a mi prójimo (al padre Dehau, por ejemplo), no será «desde arriba», sino con la solidaridad de los bajos fondos.

Esto vale tanto para el elogio como para la censura. El primer texto, escrito con ocasión de un encuentro universitario sobre el «*affaire*» de los hermanos Philippe y Jean Vanier, intenta interpretar la decadencia

de tres o cuatro figuras que se tendió a canonizar en vida o tras la lectura de sus libros. El segundo texto, a la inversa, partió de un discurso de gala que celebraba la obra de Dios a través de un sacerdote que recoge a niños perdidos en las calles de Manila. Ahora bien, si, a los primeros, no puedo tirarles la primera piedra, tampoco puedo lanzarle la última flor al segundo: «Todo hombre es débil. Y cualquiera que está al frente de vosotros, ¿qué es sino lo mismo que vosotros? Lleva el peso de la carne, es mortal, come, duerme, se levanta; nació, morirá. Si piensas lo que es en sí mismo, verás que es un hombre; sin embargo, tú, honrándolo como si fuera un ángel, cubres su debilidad... Pues ¿qué hombre puede juzgar a otro hombre? Todo está lleno de juicios temerarios. Aquel de quien habíamos perdido toda esperanza se convierte repentinamente y se convierte en el mejor. Aquel de quien habíamos esperado tanto, cae repentinamente y se convierte en el peor. Tanto nuestro temor como nuestro amor son inseguros. Qué es el día de hoy un hombre cualquiera, apenas lo sabe él mismo. Con todo, en cierta medida, él sabe qué es hoy; en cambio, qué será mañana, ni él mismo lo sabe. [...] Al ver que su causa no tiene ningún fundamento, dirigen sus lenguas contra mí y comienzan a acusarme de muchas cosas malas, unas que las saben y otras que no las saben. [...] Pero lo que ahora ellos censuran, no lo conocen. Hay todavía cosas que censurar en mí; pero estas están muy lejos de conocerlas. Tengo que esforzarme mucho para controlar mis pensamientos, luchando contra las malas inclinaciones que me vienen, con una pugna larga y casi sin tregua contra las tentaciones del enemigo, que quiere derribarme. [...] Hermanos, ateneos a los hechos. El obispo Agustín está en la Iglesia católica, lleva su propia carga, y ha de dar cuenta a Dios: lo he conocido entre los buenos; si es malo, él lo sabe; y si es bueno, no por eso pongo en él mi esperanza. *Esto es lo primero que he aprendido en la Iglesia católica: a no poner mi esperanza en el hombre*»¹.

¹ San Agustín, *Sermo* 46, 6 y 27; *Enarrationes in Psalmos*, Ps. 36, 19-20. La cursiva es mía.

Si san Agustín nos pone en guardia sobre sí mismo, ¿qué debería decir yo de mí? ¿Y qué decir de mi admiración por tal o cual religioso de mi tiempo? Sin duda, hay que considerar una cierta asimetría: conviene más alabar a los demás que alabarse a uno mismo, esto es incluso hermoso, y prueba que no somos mezquinos. Pero este elogio del prójimo, por justo o generoso que sea, debe contener siempre su reserva: el prójimo maravilloso en cuestión sigue siendo frágil y posible pecador, y hay que procurar no anestesiar su propia vigilancia.

Dios sondea los riñones y los corazones. Solo él dispone del juicio final. Mientras tanto, nos prohíbe juzgar a las personas. Sin embargo, nos ordena juzgar sus acciones tal como se presentan, no tanto para fustigarlas o incensarlas como para hacer justicia, advertirnos e incitarnos a hacerlo mejor. La pregunta dirigida a Caín: *¿Qué le has hecho a tu hermano?* se dirige tanto más a mí por el hecho de que imagino que solo vale para Caín. En cuanto me rehabilito, echando toda la culpa a ese mal hermano mayor (o mala hermana, no querría dar la impresión de ser sexista), lo mato en espíritu, lo que no es mejor que noquear materialmente a Abel, aunque ensucie menos.

Habrán reconocido el problema de la viga y la paja, el misterio del buen grano y la cizaña, el doble escándalo de los lobos disfrazados de ovejas y de los corderos enviados en medio de los lobos, como ustedes quieran, siempre que admitan que la Buena Nueva no nos facilita las cosas. Algunos de mis antiguos estudiantes, que, a través de sus familias o de sus escritos, han recibido mucho del padre Marie-Dominique Philippe, me han acusado de aullar con la manada. ¿Debería balar con el rebaño? Por mi parte, me limito a hablar desde donde estoy, de un modo que pretendería ser más confesional que condenatorio, sabiendo lo cómoda que es la crítica y lo difícil que es la virtud. Nada más lejos de mí que el deleite de los «fisgonos». Ya tengo mucho que hacer con mi propia basura, y soy demasiado orgulloso para contentarme con blanquearme exhibiendo la suciedad de los demás. En resumen, no presumo de estar en el lado correcto. Lo que pido es que recen por mí para que el Eterno me ponga en él.

En el fondo, a causa de todo lo negativo que hay en mí y que me asfixia, amo lo positivo, la jornada primaveral, las causas de alegría. Lo que me interesa aquí no son las sombras, sino la luz sin la cual estas no podrían proyectarse. Esta luz es la de la Encarnación, la del riesgo nupcial e inaudito de un Verbo divino que se confía a la carne, y por tanto a la mediación humana, para lo mejor y para lo peor. Detrás del horror, siempre hay un amanecer que se degrada. Detrás de la posibilidad de perversión, el don maravilloso de una libertad. No puede haber caricatura sin un hombre que sea en primer lugar a imagen de Dios. No puede haber traición si antes no ha escuchado usted la llamada de la fidelidad, hasta el punto de convertirle en eco de ella. En una palabra, solo se abusa de las cosas buenas, y son estas cosas buenas las que me atraen más allá o más acá de su abuso.

Lo he comprobado por mí mismo. A pesar de la oscuridad de mi alma, he podido ser un intermediario de cierta claridad para otros. Algunos me han contado que fueron conducidos a la conversión o a su vocación leyendo un libro mío, escuchando una conferencia, o incluso viéndose sumergidos en la agitación de mi vida familiar, mientras cambiaba un pañal y gritaba a mi hijo adolescente por no haber ordenado su habitación. Admiraban la escena, pero no han mirado de reojo hacia los bastidores. Aunque se sientan en deuda conmigo, sigo siendo un pecador y valgo menos que ellos, a menos que el Todopoderoso venga en mi ayuda.

De ahí la apuesta personal de este trabajo. Si alguna vez caigo desde toda mi altura (no me refiero a mis habituales revolcones), cuando tantos otros han caído desde un promontorio más eminente, ¿habrá quedado por ello obsoleto lo que yo haya transmitido? Puede ser que la pendiente haya sido enjabonada por errores sustanciales. Entonces sería indispensable proceder a un auto de fe, y suplico a los que me quieren que enciendan la hoguera. Pero, si el trigo puro crece con la inevitable cizaña, sería un error, al arrancar la cizaña, despreciar a los indigentes que han espigado de la misma parcela lo que necesitan para hacer su pan. Pido piedad para ellos, no para mí.

Pentecostés es una apuesta divina. El Santo elige pasar a través de pecadores. La Salvación se pone al nivel de nuestros mediocres «¡hola, chicos!»². El Espíritu, no de arriba abajo, sino de abajo arriba, a través de la sucesión apostólica, asume nuestras bocas y nuestras manos, para el rescate de nuestros balbuceos y nuestras torpezas, a riesgo de nuestros engaños y de nuestras manipulaciones. Esta mediación humana que implica la redención por la modalidad de la encarnación (podría haber habido otros modos, menos dramáticos, pero menos generosos) remite a los nombres de discípulos y de testigos. Del mismo modo que lo propio del discípulo es ser la voz y no el Verbo, lo propio del testigo es dar testimonio de algo distinto de él, de algo que le supera. Por desgracia, hoy la palabra «testimonio» se entiende en un sentido distorsionado, autobiográfico, por no decir egocéntrico, aunque la reforcemos con *¡Señor! ¡Señor!* al hilo de su *success story*. Equivale a promover la experiencia contra una inteligencia siempre sospechosa de intelectualismo, y la emoción contra una responsabilidad siempre llena de apuros. El itinerario individual sustituye al Camino, la sinceridad a la Verdad, la vivencia a la Vida.

El cristiano, sin embargo, no da testimonio de su propia santidad. Da testimonio de la Santidad de Cristo, y puede seguir dando testimonio de ella aunque sea alcohólico y concubino, siempre que siga diciendo la verdad y se remita a la autoridad de la Iglesia. Por eso es posible recoger frutos de comunidades cuyos fundadores llevaron una doble vida, turbia o marrullera. A buen seguro, se puede reconocer un árbol por sus frutos, pero si en este caso hay buenos frutos, y más aún si cuelgan del extremo de una rama seca cuya conexión acaba por romperse, es porque el árbol es siempre y ante todo aquel que dijo: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. [...] Yo

² El original francés emplea un juego de palabras imposible de reproducir en español: «Le Salut se met au niveau de nos piètres ‘salut, la compagnie!’». El primer «Salut» se refiere a la «Salvación», mientras que el segundo equivale a nuestro «hola» actual (ndt).